



Ser italiano en Bolivia, siendo un cineasta boliviano

Paolo Agazzi*

Resumen

Paolo Agazzi, boliviano nacido en Italia en 1949, habla de su experiencia como director y su punto de vista sobre el cine de Bolivia y de América Latina.

Palabras clave

Paolo Agazzi, director, cinema boliviano, raíces, Ukamau

Cuando vi por primera vez *Sangre de condor*, película boliviana dirigida por Jorge Sanjines, quedé deslumbrado. Era al final de la década de los Sesenta y como estudiante de cine de la Civica scuola del cinema del Comune di Milano, el denominado *nuevo cine latinoamericano* me pareció uno de los movimiento cinematográfico más interesantes e innovadores, comparable a la *Nouvelle vague* o al *Free cinema inglés*.

Miguel Littin, Glauber Rocha, Pereira dos Santos eran nombres que empezaban a sonar familiares gracias a sus películas que circulaban principalmente en los circuitos universitarios: *Antonio das mortes*, *Vidas secas*, *La tierra prometida*, *El coraje del pueblo* son algunos títulos que quedaron para siempre grabados en mi memoria y en la memoria colectiva de los de mi generación. Para mi, particularmente, *Sangre de condor* (Yawar Malku) logró llamar mi atención hacia un País prácticamente desconocido, Bolivia, cuya referencia principal era ser el lugar donde fue fusilado el Che Guevara.

Una vez egresado de la Escuela de cine, decidí darme un periodo de reflexión, un año sabático para decidir qué hacer de mi vida, entre intentar una incierta carrera cinematográfica o una segura carrera de funcionario de una empresa multinacional.

Para encontrar esa respuesta, un viaje a Latinoamérica para conocer algo más de la tierra de los mayas, de los azteca, de los incas, me pareció el itinerario ideal: Perú, Colombia, Ecuador, México, Centro América... algo tal vez muy común hoy en día, pero un poco loco en los Setenta.

Después del fracaso de los movimientos estudiantiles que se originaron en mayo del 1968 en París, una espacie de desencanto y la sensación de impotencia de no haber podido cambiado el mundo, se apoderó de mi generación y a partir de allí surgió en mi una determinación: tal vez tendría más sentido intentar una “revolución” más modesta, la mía personal, en mi vida.

Después de un mes de recorrer Perú, llegué a Bolivia con la firme intención, entre otras, de conocer a los integrantes del grupo Ukamau que con Jorge Sanjines a la cabeza, habían realizado esa joya cinematográfica titulada *Sangre de condor*.

* Director italo-boliviano.



Era el 1975 y Sanjines y parte de su grupo ya no estaban en Bolivia: la dictadura militar del general Banzer los había obligado a buscar otros rumbos para poder seguir haciendo el cine que los había hecho conocer en todo el mundo.

Quedaba en Bolivia parte del grupo Ukamau, Antonio Eguino (director de fotografía y posteriormente director) y Oscar Soria (guionista). Ellos siguieron haciendo lo que llamaron “el cine posible” (posible en el contexto de una dictadura militar), un cine que sin desmarcarse de la línea de un cine comprometido con la realidad del País, buscaba un enfoque menos político y más de análisis social.

Los contacté y me interesé en un proyecto que estaban preparando, una película titulada *Chuquiago* nombre aymara de la ciudad de La Paz, una película de cuatro historias, cada una de ellas sobre un personaje que representaba los diferentes niveles socio económicos.

En mi balbuzeante y elemental español logré transmitirles mi interés en participar de alguna manera al proyecto para poner en práctica mi formación cinematográfica hasta ese entonces puramente académica.

La película tubo una extraordinaria repercusión dentro y fuera de Bolivia y fue el afortunado comienzo de mi actividad cinematográfica en Bolivia, de la mano de dos maestros que prácticamente me enseñaron como hacer cine en condiciones límites: Antonio Eguino, el oficio del cineasta de batalla, y Oscar Soria el amor para el cine y para Bolivia.

Lo que al comienzo me parecían dificultades imposibles de vencer (la no existencia de laboratorios donde procesar el material o de estudios para la sonorización, de cámaras de 35mm, luces, etc.) en la práctica resultaron ser desafíos que estimularon la creatividad y templaron mi vocación de cineasta, una vocación dirigida, sobretodo, a hacer cierto tipo de cine, un cine comprometido con la realidad política, social y cultural del País; eran tan pocas las oportunidad de hacer películas que uno no podía permitir el lujo de un cine comercial de evasión, sobre todo considerando que el mercado interno de Bolivia es muy pequeño... entonces nacía la necesidad de hacer un cine útil, un cine con contenido. Claro que ya no era el cine político militante, el cine urgente de los años Sesenta y Setenta... era un cine más abierto, temáticamente hablando, un cine que reflejaba los cambios que se estaban dando en el País: a partir de 1985 Bolivia dejó atrás un largo periodo de golpes de estado militares para emprender un camino, difícil por cierto, hacia una verdadera democracia.

En una cinematografía sin ningún apoyo del Estado y con un mercado interno muy limitado, la osadía y, en buena medida, la irresponsabilidad eran pan de cada día. Recuerdo una frase de mi padre que decía: «Si realmente quieres vivir en América latina y quieres dedicarte al cine, al menos podías haber elegido un País menos limitante, menos problemático, menos precario...». En cierto sentido mi padre tenía razón, lo que pasa es que en realidad yo creo que no fui yo quien eligió a Bolivia, fue Bolivia la que me cautivó justamente por ser tan “diferente” y tan compleja.

Posteriormente, ya dirigiendo yo mis propias películas, tuve la suerte de producir obras de mucho éxito, logrando una especial empatía con el público boliviano, una especie de dialogo muy fructífero y muy interesante, tal vez por la elección de



determinadas historias, por la forma de contarlas o por la forma de ver “su” realidad... o quien sabe por ese “toque italiano” que hacia mi cine algo diferente.

En realidad, yo creo que el secreto de tanta identificación de mi cine con la sociedad boliviana, se debe más bien a la lección que el pionero del cine boliviano, Oscar Soria, me dejó: mirar la realidad con sensibilidad y humildad y no caer en el error de muchos extranjero que después de pocos años de vivir en Bolivia creen haber entendido cabalmente la mentalidad y la idiosincrasia del boliviano; un craso error, porque cuando crees haber entendido todo, es cuando menos has entendido.

Otro aspecto fundamental que hay que subrayar es que en Bolivia los cineastas hacemos prácticamente todo: elegimos nuestras historias, escribimos los guiones, dirigimos, producimos y hasta distribuimos... es decir, trabajamos en libertad, sin condicionamientos y sin imposiciones, asumiendo todas las responsabilidades del resultado final... y, lamentablemente, también la responsabilidad del resultado económico que llega a ser nuestra más grave limitación.

Posteriormente, y puesto a que en Bolivia no se puede vivir solo del cine, alterné mi actividad cinematográfica con el trabajo en la televisión privada que, a partir de 1985, surgió con mucha fuerza y con un número importante de redes televisivas. Curiosamente mis aportes no fueron en producción, fueron más bien actividades centradas en la dirección general y la organización, valiéndome de mis pasadas experiencias italianas en el área del management.

También en este campo, y gracias al prestigio ganado con el cine, la disponibilidad del boliviano hacían el extranjero fue muy generosa; fue una periodo muy interesante y formativo después del cual llegué a la conclusión que el cine da prestigio, pero la televisión da poder, un poder que si no sabes administrar con humildad y racionalidad puede llegar a ofuscarte.

Volví al cine después de más de 10 años de televisión, con otra perspectiva y una mayor claridad financiera y organizativa, por eso decidí alternar mi actividad de director con la de productor, sea para películas bolivianas que para co-producciones con otros Países, sean esos europeos o latinoamericano.

Han pasado más 30 años y lo que fue una inquietud existencial, la curiosidad de conocer otras realidades y la necesidad de encontrarme a mi mismo como persona y como profesional, se convirtió en una manera de vivir la vida, tan distante y tan diferente de lo que estaba acostumbrado y con la que crecí en mi Italia natal.

Claramente en todos estos años las cosas han cambiado, y mucho, también en Bolivia: ha cambiado la realidad política, económica y social y, sobre todo, ha cambiado la manera de hacer cine.

El advenimiento del formato digital ha “democratizado” en buena medida el acceso al séptimo arte de parte de las nuevas generaciones: hay un par de escuelas de cine, se redujo la dependencia tecnológica hacia el exterior y hay un concepto más profesional del “oficio” del cineasta. Sigue siendo muy complicado hacer cine en Bolivia hoy en día, pero es evidente que ha cambiado, en cierta medida, ese concepto de “solo para privilegiados” que tanto limitaba hace no muchos años atrás.



La pregunta que ahora me hago es si, hoy en día, volvería a hacer lo que hace más de 30 años parecía (o tal vez lo era) algo muy “aventurado” y que visto en la perspectiva actual parece algo muy normal, es decir: volverse “un ciudadano globalizado”.

Me ponga la pregunto pero no me esfuerzo mucho para encontrar la respuesta: amo a Bolivia que me ha acogido y me ha permitido hacer lo que siempre quise desde que era un niño y me considero boliviano más que muchos bolivianos... pero sigo siendo profundamente italiano por mis raíces y por mi formación... y definitivamente eso no representa ningún conflicto de identidad.

La Paz, 15 de Febrero de 2012